

Working Women, Entrepreneurs, and the Mexican Revolution. The Coffee Culture of Córdoba, Veracruz*

Comenzaré por decir que ha sido un placer leer este libro de Heather Fowler-Salamini, igual que hace muchos años lo fue la lectura de su primer libro —*Movilización campesina en Veracruz (1920-1938)*, editado por Siglo XXI en 1979— sobre las acciones políticas de actores que fueron centrales en la formación del Estado mexicano posrevolucionario. Acorde con la tendencia que en esos años cobraba auge en los estudios históricos, la autora analizó el agrarismo en Veracruz desde un enfoque regional que le permitió mostrar cómo se entrelazaban acontecimientos nacionales, estatales y locales. Por esa época, y desde mi propia disciplina —la antropología social—, yo descubriría los estudios regionales y las bondades de este abordaje metodológico. Varios años después leí otros textos de Fowler-Salamini en los que, también desde un enfoque regional, buscaba respuestas a nuevas temáticas. Tal fue el caso de un artículo en el que reflexionaba sobre la relación entre regionalidad y rebeliones rurales en Veracruz en los años próxi-

mos a la Revolución mexicana¹. Más tarde, en otro artículo, hizo una revisión exhaustiva de los estudios realizados en diferentes regiones del estado de Veracruz para examinar cómo éstos habían abordado la relación entre cambios en la tenencia de la tierra, la cuestión indígena, el descontento agrario y la agencia de los actores rurales que en muchos casos condujo a la rebelión popular.²

En los numerosos textos que Fowler-Salamini ha publicado a lo largo de tres décadas se advierten tres constantes: su lealtad al enfoque regional, la integración a sus trabajos de los debates teóricos vigentes en los distintos periodos en los que iba escribiendo su obra y, derivado de ello, la incorporación de nuevas propuestas analíticas a los temas abordados. Tal es el caso del libro que aquí se comenta, en el que la autora se propone “escribir una historia regional desde abajo”, en la que busca dar cuenta de las complejas “interrelaciones entre empresarios, trabajadoras, movimientos obreros, relaciones de género y cultura” (p. 279), a la vez que muestra cómo estas rela-

* Heather Fowler-Salamini, *Working Women, Entrepreneurs, and the Mexican Revolution. The Coffee Culture of Córdoba, Veracruz*, University of Nebraska Press, Lincoln and London, 2013, 418 pp.

¹ *Eslabones. Revista Semestral de Estudios Regionales*, junio de 1993, núm. 5.

² *Uliúa. Revista de Historia, Sociedad y Cultura*, julio-diciembre de 2003, núm. 2.

ciones fueron modeladas por la inmigración española a un región concreta —Córdoba— del centro de Veracruz, el estallido de la Revolución mexicana, la modernización industrial en torno al beneficiado del café y los vaivenes del mercado atlántico de este grano.

La lectura de este libro nos permite entender la conformación de una región agroexportadora articulada en torno a la ciudad de Córdoba como centro rector. Aquí se instalaron grandes beneficios de café cuyos propietarios incorporaron nuevas tecnologías que les permitieron obtener granos con calidad de exportación. Estos empresarios cafetaleros, asentados en dicha ciudad, supieron aprovechar las ventajas comparativas de la ubicación geográfica de la región en la que desarrollaron sus actividades económicas: su cercanía con el puerto de Veracruz y su localización en la confluencia de dos vías de ferrocarril que la comunicaban con la Ciudad de México, por un lado, y con el Istmo de Tehuantepec, por otra parte.

En esta historia regional aprendemos con detalle (capítulo 1) cómo la economía que entre las décadas de 1880 y 1960 articuló la región fue modelada por fuerzas nacionales e internacionales, y cómo la región influyó en el desarrollo de la agroindustria cafetalera de México. Pero, además, la autora nos muestra constantemente las semejanzas y diferencias entre la región de estudio y otras regio-

nes cafetaleras del mismo estado de Veracruz (Xalapa, Coatepec), así como de otras entidades del país (Chiapas, Oaxaca) y de otros países latinoamericanos (Costa Rica, Colombia, Brasil) en los que la agroindustria cafetalera tuvo un papel relevante tanto en la economía como en la política nacional. En este sentido, además de la perspectiva regional que permite la articulación de varias escalas de análisis, en este capítulo Fowler-Salamini explora un enfoque comparativo que nos facilita entender varias cuestiones como, por ejemplo, cómo se fueron diferenciando las dos principales regiones cafetaleras del estado (Córdoba y Xalapa-Coatepec) y del país (Córdoba, Veracruz, y Soconusco, Chiapas), o cuáles fueron las causas del menor peso político que la burguesía cafetalera tuvo en México respecto al que gozó en otros países (Brasil, Costa Rica, Colombia) de América Latina.

En este primer capítulo, destinado a explicar de forma bastante clara y amena la economía política de la región de Córdoba, la autora no se detiene solamente a hablarnos de la creación de compañías agroexportadoras, de la expansión de la cafcultura sobre los antiguos cultivos de caña de azúcar y tabaco, y de los altibajos del precio internacional del café, sino que nos muestra cómo éstos aspectos tuvieron estrecha relación con la emergencia de una nueva élite comercial y con la drástica transformación del espacio

urbano y sus contrastantes consecuencias: acceso a nuevos servicios (agua, luz eléctrica, vías de comunicación, teléfono, teatro) pero también contaminación ambiental y mayores desigualdades sociales. Fowler-Salamini nos adentra en las vicisitudes de dos generaciones de esta burguesía exportadora, ligada a lo que ella denomina una “cultura trasatlántica inmigrante” (p. 81), en la que desafortunadamente no pudo adentrarse en la misma medida que lo hizo respecto a la cultura obrera, en parte porque quizás no era éste su interés principal pero también porque, como cuenta en la introducción, los descendientes de aquella élite no mostraron mucho interés en compartir con ella sus historias familiares.

Ahora bien, este primer capítulo sobre la economía política de la región es sólo el piso mínimo que la autora utiliza para introducirnos en lo que es el objeto principal de análisis en este libro: la organización del trabajo y la cultura obrera ligada a la agroindustria cafetalera desde una perspectiva de género (capítulos 2 y 5). Las fuentes que utilizó para construir los diferentes capítulos fueron necesariamente diferentes: en el primer caso se valió de reportes y estadísticas; en el segundo caso recurrió a actas de reuniones sindicales, reclamos ante la Junta de Conciliación y Arbitraje, cartas enviadas a los gobernadores del estado y, sobre todo, la memoria que sobre su experiencia laboral y fami-

liar recrearon varias ex escogedoras de café en las entrevistas realizadas por la autora entre finales de los años noventa y principios de la década de 2000. En estas entrevistas, Heather se propuso indagar acerca de los significados que las escogedoras de café elaboraban acerca del trabajo, la familia, la fábrica para el beneficiado del café, el sindicato y su propia condición de género en cada uno de estos espacios.

Al igual que el primer capítulo, los cinco restantes son fascinantes. En el capítulo 2, el lector se adentra, como si estuviera leyendo una novela, en el espacio y ambiente de trabajo de las escogedoras de café. Aquí, la autora logra equilibrar el relato de la organización misma del trabajo con el de la vivencia que estas mujeres tuvieron de la labor asalariada que realizaban y del espacio mismo de trabajo, mostrándonos los atractivos y las dificultades que estas mujeres experimentaron para trascender los límites estrechos de sus espacios domésticos, su lucha por enfrentar el estereotipo de “mujeres de la calle” con el que fueron etiquetadas por la “gente bien” de la región, y la manera en que ellas recurrieron a las nociones de respetabilidad y honor para construir su identidad de mujeres trabajadoras en las décadas de 1930 y 1940. Fowler-Salamini nos explica muy bien cómo, a través de su trabajo en los beneficios de café, las escogedoras retaron las relaciones patriarcales al interior de sus familias, el paternalismo

de los empresarios que las contrataban y las normas burguesas que dictaban sobre cómo debían actuar las mujeres y en qué lugares —la casa y la iglesia— éstas debían estar confinadas para mantener a salvo el honor familiar.

Otros aspectos importantes que la autora trata en el libro refieren a las confrontaciones que las escogedoras de café tuvieron con los dueños de las empresas exportadoras en las que trabajaban, y cómo estos conflictos laborales se fueron desarrollando en estrecha relación con la actividad de las organizaciones obreras que en esa época pugaban por representar a las clases trabajadoras en el proceso de formación del Estado posrevolucionario. Así, Fowler-Salamini nos muestra la fuerza y la importancia que estas trabajadoras tuvieron en la conformación del sindicalismo mexicano, del cual compartieron sus grandezas y sus debilidades, entre las que figuraron, por un lado, la obtención de mejoras laborales y, por otra parte, las pugnas entre y al interior de los sindicatos, así como la conformación de lideresas caciquiles que, al igual que los líderes varones, comenzaron a acaparar puestos de dirección y a imponer decisiones gracias a las relaciones de tipo clientelar que entablaron con el grueso de las escogedoras.

Pero también nos enseña las dimensiones de género que tuvo el activismo sindical de las escogedoras, principalmente en las décadas de 1920 y 1930.

Por un lado, la organización de estas trabajadoras estuvo más estrechamente ligada a intereses relacionados con la preservación de sus familias y de sus comunidades que la que manifestaban los obreros de la región. Varias de las líderes del sindicato de escogedoras se involucraron en movimientos católicos, campañas de alfabetización, campañas antialcoholismo y proyectos comunitarios. Esto, sin embargo, nos les impidió adoptar como lemas sindicales la lucha por los derechos de las mujeres, además de pugnar por una mayor autonomía política respecto a las organizaciones laborales mayores de las que formaban parte. Estas características del sindicato de escogedoras, sin embargo, fueron perdiéndose a lo largo de las décadas de 1940 y 1950, a la par que las centrales obreras con las que se relacionaban iban acomodándose en el aparato estatal.

De esta manera, la autora nos invita a replantearnos, por un lado, el supuesto —hasta ahora generalmente aceptado— de que los cacicazgos sindicales de las décadas de 1930 a 1960 fueron ejercidos casi exclusivamente por obreros varones. Heather nos explica ampliamente cómo en el sindicato de escogedoras de café de la región de Córdoba se fue conformando un grupo de cacicas, quienes si bien basaron su poder en la creación de relaciones clientelares, igual que lo hicieron los líderes obreros de otros sindicatos, ellas recurrieron con menor

frecuencia a la violencia física y, en su lugar, prefirieron usar la negociación y la manipulación para conseguir sus objetivos. Así, al final del capítulo 4, Fowler-Salamini hace énfasis en la necesidad de incluir la dimensión de género del caciquismo en el análisis de los movimientos sociales posrevolucionarios y de sus liderazgos (p. 197). Por otra parte, el libro que ahora nos ocupa llama la atención también sobre la escasa atención que se ha puesto a la participación de las obreras en la conformación del sindicalismo mexicano y, por lo tanto, en su activa aportación en el proceso de formación del Estado posrevolucionario.

La creación de una cultura obrera entre las escogedoras de café de la región de Córdoba es abordada por la autora en el capítulo 5, mostrándonos que las experiencias cotidianas de estas mujeres en sus lugares de trabajo influyeron en sus “formas de pensar y de comportarse en las calles, iglesias y salones sindicales”, lo que les dio “un nuevo sentido colectivo de identidad, camaradería, y ciudadanía” (p. 200). En este capítulo, la autora analiza la creación de una cultura obrera alternativa en torno a tres actividades sociales promovidas por las líderes y acogidas con entusiasmo por la mayoría de las trabajadoras: la organización de bailes, la creación de una banda militar y la ejecución de obras de teatro actua- das por ellas mismas. Éstas fueron tres actividades que les permitieron per-

manecer fuera de sus casas en días y horas no permitidos para las mujeres no trabajadoras, lo que las enfrentó a la severa crítica de gran parte de la sociedad provinciana de la época, pero que también las condujo a negociar su posición al interior de sus familias y les permitió tener una importante presencia pública. Si bien era criticadas y tachadas de prostitutas o “mujeres de la calle” por su participación en los bailes semanales que organizaba el sindicato y por su no confinamiento a la casa, mediante las otras dos actividades estas trabajadoras se reivindicaban como ciudadanas comprometidas y mujeres respetables, participando con su banda de guerra en diversas manifestaciones públicas y proyectando en sus obras de teatro las imágenes de respetabilidad y honorabilidad en las que se cobijaban para hacer frente a las críticas de que eran objeto por trasgredir las normas hegemónicas de comportamiento femenino. En suma, éste es un capítulo en el que Heather nos muestra cómo el trabajo asalariado y el sindicalismo les permitieron a estas mujeres ampliar sus márgenes de acción, traspasando tanto los límites de sus espacios domésticos como el de sus espacios de trabajo. Una libertad que se ganaron con una ardua labor en tres frentes: sus casas, su lugar de trabajo y el sindicato mismo.

La historia que Fowler-Salamini nos narra en este libro termina (capítulo 6) con la explicación de las condiciones estructurales que condujeron a la

mecanización de todas las labores del beneficiado del café, lo que a su vez llevó a la desaparición del grupo mayoritario de trabajadoras que empleaban los beneficios: el de las escogedoras de café, cuya actividad fue central en la creación de las economías agroexportadoras de café, tanto de Córdoba como de las demás regiones cafetaleras, y cuyas acciones sindicales remodelaron el entorno político de los años treinta y cuarenta, a la vez que transformaron profundamente las vidas de las mujeres trabajadoras que Heather escudriña con gran destreza.

En suma, a lo largo del libro la autora logró hacer un trabajo muy fino, en el que fue entretrejiendo los motivos y efectos de las acciones de los diversos actores sociales con los elementos estructurales presentes siempre en la conformación de las regiones, mostrando que unos y otros se constituyen mutuamente. Este abordaje

le permitió acercarse al conocimiento de la “cultura del café” que estructuró a la región de Córdoba por casi ocho décadas, y a la creación de una “cultura obrera” con una marca genérica muy particular, sin separarla de las relaciones económicas y de poder que se desarrollaron entre los grandes exportadores, los pequeños productores y los trabajadores(as) de los beneficios. En este sentido, el libro nos lleva a recordar algunos de los planteamientos que Claudio Lomnitz-Adler hace en su libro *Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano* (1995), respecto a la necesidad de no separar el análisis de las culturas regionales de la economía política de una región dada y la estructura de clases que la sostiene.

Emilia Velázquez Hernández
CIESAS-Golfo